

Patrimonio, territorio y comunidad. El Ecomuseo Túcume

Heritage, territory and community. The Tucume Ecomuseum

Luis Alfredo Narváez Vargas

Arqueólogo. Museo Túcume, UE 005, Ministerio de Cultura. Túcume, provincia de Lambayeque, región Lambayeque, Perú. luisalfredonarvaez@hotmail.com

Resumen

El Museo de Túcume fue creado en el año 1992 y reconocido en el año 1994 como dependiente del Instituto Nacional de Cultura, hoy Ministerio de Cultura. Es consecuencia de un proyecto de investigación arqueológica llevado a cabo entre 1989 y 1994 y financiado por el Museo Kon-Tiki de Oslo, Noruega, bajo el patrocinio de Thor Heyerdahl (1914-2002). Desde sus inicios, tuvo un acercamiento permanente con diversas expresiones de la cultura tradicional local, proponiendo un diálogo permanente entre el pasado y el presente, no solo desde sus exhibiciones sino en el fomento de las relaciones comunitarias. Su quehacer ha sido compatible con las tendencias de la Nueva Museología francesa de la segunda mitad del siglo XX, generando un modelo de gestión pionero y novedoso para su tiempo en el plano regional y nacional. De este modo, su eje de acción: territorio, patrimonio y comunidad, ha caracterizado sus relaciones comunitarias y definido su interés científico, arribando a la organización de un ecomuseo, como solitario ejemplo de esta metodología en el Perú. Sin embargo, esta experiencia pone en relieve el debate sobre los criterios de sostenibilidad en la gestión del patrimonio cultural y el arqueológico en particular.

Palabras clave: patrimonio cultural, comunidad y sostenibilidad, ecomuseo, Nueva Museología, museología tradicional.

Abstract

The Tucume Museum was created in 1992 and recognized in 1994 as part of the National Institute of Culture, now Ministry of Culture. It was a consequence of an archaeological project (1989-1994) financed by the Kon-Tiki Museum at Oslo, Norway, under the patronage of Thor Heyerdahl (1914-2002). Since the beginning, the museum has had a close relationship with several manifestations of the local traditional culture, developing a permanent dialogue between past and present, not only from their exhibitions, but with local people. Its experience has been compatible with the French New Museology tendency, from the second part of the twentieth century, generating a pioneering and newly model for this time, at regional and national level. In this way, its axis for action: territory, cultural heritage and community, has characterized the relationship with local community and defined its scientific interest not only through archeology, but through ethnography, arriving to the organization of an ecomuseum, as a lonely example of this approach in Peru. However, this experience put on debate

the criteria of sustainability into the management of cultural heritage and archaeological sites in particular.

Keywords: cultural heritage, community and sustainability, ecomuseum, New Museology, traditional museology.

Introducción

Túcume es uno de los distritos de la provincia de Lambayeque, parte del departamento del mismo nombre en la costa norte del Perú. Se ubica en la parte baja del valle de La Leche, uno de los ríos secos que se activan durante las lluvias estacionales que se producen en las alturas vecinas de los Andes occidentales, sin las cuales la agricultura costera no existiría. Este distrito es hoy conocido por el sitio arqueológico ubicado en torno al cerro Purgatorio, una de las montañas simbólicamente más importantes en esta región. El sitio es comúnmente conocido como Pirámides de Túcume, Pirámides de Cerro Purgatorio o Cerro La Raya, como también se le conoce localmente.

En el año 1987 se produjo un poco más hacia el sur, en el valle del río Chancay, el descubrimiento accidental de una tumba de la cultura Moche (100 a. C. hasta 600 d. C.) muy rica, que fue consecuencia del saqueo para propósitos de comercio ilegal, muy en boga en aquellos años. Este asunto policial involucró a Walter Alva, el único arqueólogo local de ese tiempo en la región, que debió organizar un proyecto de investigación y salvamento de la plataforma funeraria. A lo largo de los años, los frutos fueron sorprendentes, pues se descubrió inicialmente la tumba intacta de un personaje de lo más alto de la élite moche, ricamente ataviado con una gran cantidad de objetos de oro y plata y ornamentos muy diversos. Posteriormente, las tumbas de élite se sucedieron mostrando finamente un hallazgo notable para la ciencia, que hizo posible la concreción de un museo especializado que hoy se conoce como el Museo de las Tumbas Reales de Sipán (2002) y luego el Museo de Sitio de Huaca Rajada-Sipán (2009), que pertenecen a la Unidad Ejecutora 005 del Ministerio de Cultura.

Pronto, los medios nacionales dieron la noticia del hallazgo que recorrió el mundo, logrando la atención de medios internacionales. Una de estas publicaciones de ciencia popular generó el interés del famoso biólogo noruego y explorador Thor Heyerdahl, que hizo rápidamente viaje a Lambayeque, quedando asombrado por el hallazgo. Luego visitó varios sitios y, finalmente, llegó a Túcume decidiendo hacer un proyecto científico peruano, con participación de arqueólogos peruanos y de varios otros países. El convenio que hizo posible este proyecto autorizó la ejecución de excavaciones científicas por un lapso de cinco años, que culminaban al finalizar el primer semestre del año 1994.

En general, en esos años, la arqueología peruana estuvo basada en proyectos de investigadores extranjeros que realizaban excavaciones y las cubrían al término de una temporada corta. El procesamiento de los materiales generaba artículos y, pocas veces, libros de síntesis. Estos productos circulaban únicamente en medios académi-

cos, totalmente alejados de las poblaciones locales y la sociedad en su conjunto. Algún hallazgo de importancia podría recibir atención de diversos medios, reportajes o notas periodísticas. La presencia de Sendero Luminoso y la severa crisis económica que azotó al país entre los años 1980 al 2000 originó la salida del territorio de los proyectos arqueológicos extranjeros, quedando un pequeño grupo de investigadores peruanos que hicieron posible no solo la organización de proyectos científicos de alto nivel, de largo aliento y grandes aportes a la arqueología, sino, por sobre todo, iniciaron procesos complejos de inserción social, de puesta en valor y de un mayor acercamiento de la ciencia a la sociedad.

El inicio del proceso

El Museo Túcume es hoy parte de la Unidad Ejecutora 005 del Ministerio de Cultura en la región Lambayeque (organismo creado en el año 2006). Es al mismo tiempo consecuencia de los trabajos de arqueología desarrollados por el interés del famoso explorador noruego Thor Heyerdahl entre 1989 y 1994. Este proyecto fue codirigido por Alfredo Narváez y Daniel Sandweiss (1990-1991) y luego dirigido por Alfredo Narváez hasta su culminación en 1994. Las investigaciones arqueológicas en Túcume tuvieron un desarrollo paralelo en el campo etnográfico, debido a nuestro interés profesional en la cultura tradicional, que mostraba diversas expresiones de continuidad entre el pasado arqueológico y el presente. Este acercamiento, desde el inicio del trabajo arqueológico, hizo posible generar una conexión entre la comunidad local y la investigación del pasado prehispánico. Al respecto, quisiera indicar algunos ejemplos:

- El hallazgo de contextos diversos asociados a instrumentos de uso actual fue notable, especialmente en el campo de la textilería. Las esposas, madres o hermanas de nuestros trabajadores conocían la técnica del telar de cintura, cuya práctica estaba en franco proceso de desaparición. Las tejedoras de hoy nos ayudaron a comprender la función de diversos instrumentos y objetos, su ubicación en el proceso productivo, la división y especialización del trabajo, las dimensiones de los productos textiles en función del tamaño de los instrumentos de producción, la importancia, el uso y función de la “tiza de huaca” como se la conoce localmente, entre otros aspectos.
- La rápida identificación de diversas especies en los restos vegetales, animales o marinos procedentes de las excavaciones. Podemos mencionar la identificación de ciertas plantas medicinales realizadas por maestros curanderos locales participantes de las excavaciones.
- Las técnicas de construcción, especialmente las referidas a las edificaciones rurales de barro y quincha, muy populares aún en ese momento.
- Las tradiciones orales en general, relacionadas con los elementos de la naturaleza, como las montañas, los animales silvestres y diversos elementos de la cosmovisión, destacando la importancia de elementos celestes, como la Luna, el Sol, la Vía Láctea y algunas constelaciones. Era importante el conocimiento que

relaciona diversos aspectos de la producción agrícola con las fases de la Luna o el grado de inclinación con la que aparece, los cultivos de género y su relación con la luna y la puesta del sol, entre muchos otros.

- El conocimiento de los maestros curanderos y la medicina tradicional en un amplio abanico de especialidades, desde las “mesas” ceremoniales, los sobanderos, las parteras, los hueseros, rezadores, santiguadores y los que pueden leer la suerte (sorteo), entre las más importantes.
- La gastronomía y la persistencia en el uso de dieta que tiene como base el uso ancestral de maíz (especialmente para la producción de chicha de jora), leguminosas y calabazas, a los que se han agregado muy diversos productos y técnicas orientales, europeas, africanas, que hoy forman parte del núcleo de la cultura tradicional. Nos llamó la atención la cocina subterránea conocida como “hornado”, que se encontraba en proceso de desaparición, utilizada solamente para momentos festivos.
- Las expresiones de religiosidad popular, basada en íconos cristianos, asocian el particular culto mariano de imágenes dobles¹ con el cerro La Raya, que se conoce además como cerro Purgatorio, indicando con ello la enorme impronta europea en el aspecto ideológico. Este tema se asocia además con ritmos y música (que fusiona elementos de diversa procedencia; española, árabe, andina) que acompaña la danza de diablicos, una expresión española a la que se le han agregado muy sutiles elementos del pasado prehispánico.

Desde una perspectiva antropológica, cada uno de estos aspectos constituye parte de un complejo cultural cuya especial importancia está en el diálogo y sintonía que permite no solamente con el pasado prehispánico, sino con su evolución en el tiempo, hasta nuestros días. Esta mirada, desde la antropología, generó en la visión del proyecto de museo una propuesta distinta a la convencional y tradicional de los museos arqueológicos, mucho mayor en el caso peruano por el peso específico que tiene la arqueología en el ámbito latinoamericano.

Los museos arqueológicos

Esta mirada convencional hizo de las exhibiciones un discurso que se iniciaba con el rigor de los cuadros cronológicos difíciles de comprender, con términos muy especializados, poco efectivos en términos de comunicación al público, seguidos de la rigurosidad de un discurso cronológico, por fases, subfases de estilos o periodos poco entendibles. Estas exhibiciones no estaban exentas de objetos notables de muy alto valor estético que despertaban admiración como obras de arte. Muchas veces, los museos arqueológicos utilizaron la curiosidad del público por la muerte, que

1 Una Virgen Grande que ocupa su lugar en el templo principal del área urbana de Túcume, cuya atención es responsabilidad masculina, y la Virgen Chica, conocida como la Andariega, la Ingrata, que camina por el área rural todo el año, visitando casas y caseríos para retornar durante las fiestas en su honor: la principal en febrero coincidiendo con el carnaval y la Fiesta de Medio Año, con el mes de setiembre, cuando se inician los preparativos de limpieza de canales para esperar la llegada de la estación húmeda a fin de año. La Virgen Chica la tienen a cargo solamente mujeres.

permitía la exhibición de cuerpos momificados o esqueletos humanos. Por otro lado, los museos exhibían el pasado, no solamente como estancos en la evolución social, sino además, sin ninguna relación con nuestra vida de hoy. Las “culturas”, como lo ha mencionado de modo reiterado Luis Lumbreras, pareciera que se acabaron con el pasado prehispánico, pues el término desapareció con la Colonia y la República. El discurso alrededor de lo enigmático y misterioso del pasado, a través de los objetos, generó al mismo tiempo diversas formas de “mistificación” y sobredimensionamiento de la arqueología, que incluyeron teorías como el “socialismo incaico” y, aun a fines del siglo XX, creaciones “épicas” y poéticas sobre la “gloria” del pasado.

Por lo tanto, respecto de la gestión propiamente dicha, los museos arqueológicos estuvieron preocupados casi exclusivamente en los aspectos de equipamiento, de tratamiento de sus colecciones o de las investigaciones científicas, cuando esto era posible, generalmente por la voluntariosa gestión de sus directores, mas no por decisión del Estado a través de políticas de fomento de la cultura o la conservación del patrimonio. Todo ello se enmarcaba además en el viejo concepto decimonónico del museo basado en los edificios (grandes, costosos, como enormes catedrales), colecciones de bienes valiosos (bienes de élite generalmente) y el público, considerado, a partir del despegue de la economía de postguerra en Europa, como la enorme masa de turistas que invaden el mundo.

Estos museos se inician como espacios de obras de arte de interés para especialistas, coleccionistas y lo más alto de las clases sociales, la nobleza de los Estados imperiales en Europa y luego las élites industriales, financieras e inmobiliarias emergentes en muchas partes del mundo. Estos museos y coleccionistas favorecieron, por ello, un inmenso mercado ilegal de antigüedades y obras de arte, propiciando con ello la devastación de numerosos sitios patrimoniales en todo el globo, especialmente en los países del hemisferio sur.

Los criterios de conservación del patrimonio

En este contexto, la conservación del patrimonio arqueológico estuvo basada exclusivamente en el aspecto normativo y altamente coercitivo. El patrimonio se defiende porque la ley lo ordena, incluyendo la persecución y la violencia. La preocupación estuvo centrada en los monumentos que se convierten en un fin en sí mismos, y no en sus entornos sociales y territoriales. Las necesarias áreas intangibles se convierten en auténticas barreras o muros que aíslan los monumentos de la comunidad y no se comportan como puentes de diálogo y entendimiento social. Sin embargo, el Estado mismo, a través de sus autoridades, se encargaba de oficializar asentamientos que invaden zonas arqueológicas, construyen escuelas del Ministerio de Educación sobre plataformas arqueológicas, reciben a poblaciones que huyen de zonas inundadas por lluvias torrenciales para reasentarlas sobre zonas arqueológicas que se encuentran en terrenos más elevados o, finalmente, usan asentamientos arqueológicos como cantarras. Cada uno de estos casos caracteriza la problemática del patrimonio arqueológico de Túcume.

El criterio de aplicación ciega de las normas, bajo el principio del imperio de la ley, coexistía con la ausencia de abogados especialistas que defiendan acertadamente el patrimonio arqueológico y un sistema judicial que realmente lo defienda. Este era, además, un escenario de grandes coleccionistas de tesoros antiguos, de marcada influencia social y política en las más altas esferas del Estado y el Gobierno, que generaron el mercado necesario para alentar el trabajo destructivo de huaqueros y profanadores. Es este contexto, obviamente el ejercicio de la ley es poco exitoso, involucra procesos largos, de alto costo y, por último, no resuelven el problema, lo acrecientan.

En estas circunstancias, el patrimonio arqueológico adquiere una valoración muy alta solamente por un pequeño y reducido grupo de especialistas en arqueología y algunas personas letradas y cultas, conocedoras de los secretos de la historia y los exotismos que se promueven desde la arqueología. El patrimonio arqueológico y los museos, por lo tanto, no son considerados de interés para el común de las personas, mucho menos de las grandes poblaciones rurales y campesinas. Las huacas son un lastre para el desarrollo urbano, son un problema para la expansión de campos de cultivo. Son espacios de interés para especialistas, a los que se agregan pronto los turistas. El patrimonio arqueológico y los museos se convierten –en la percepción popular poco entendida en la materia– en un espacio para “gringos” que, además, pueden pagar las tarifas de ingreso. La imagen del extranjero es la de un paradigma, un territorio siempre mejor, los extranjeros proceden de países ricos. Escuché reiteradamente a especialistas de turismo calificar a los turistas como “billeteras andantes”, promoviendo políticas de Estado para fomentar la visita de turistas ricos, que “realmente contribuyan a dinamizar la economía” por su alta capacidad de gasto. Con esta visión, los museos, monumentos arqueológicos y el turismo, por tanto, van de la mano, acomodándose a los mismos discursos. Algunos directores de museos arqueológicos festejan con programas especiales la llegada del “turista un millón” como una celebración del éxito obtenido promoviendo, con este ejemplo, la construcción de nuevos museos de arquitectura rimbombante para “desarrollar el turismo”. Del otro lado, las poblaciones rurales, alejadas de los entornos urbanos, refuerzan la imagen de museos y monumentos como asunto de turistas, generando la idea de espacios ajenos y por tanto de poco o nulo interés.

Conceptos alternativos de gestión y la creación del Museo Túcume

La visión de los museos tradicionales, que privilegian edificios y colecciones para turistas, tiene su paralelo en la preocupación mundial por la conservación de los monumentos, que fue evolucionando favorablemente con el tiempo. Los efectos devastadores sobre el patrimonio arquitectónico y colecciones de arte, durante las guerras mundiales en Europa, movilizaron al mundo en procura de la conservación de los edificios históricos y monumentos, que se hizo evidente en documentos como la Carta de Atenas (1931) y luego la Carta de Venecia (1961), que muestran justificadamente una preocupación por los monumentos en sí mismos. Posteriormente, la normativa internacional va asumiendo criterios novedosos como los que se in-

corporan en la carta de 1990 de Icomos, que promueve la “gestión integrada” del patrimonio arqueológico, abriendo el espacio de gestión de los sitios arqueológicos a otros sectores de la sociedad. En este proceso es necesario señalar la importancia que tuvo la cumbre de Río de Janeiro en el año 1992, pues se sentaron las bases para promover el “desarrollo sostenible”, que fueron adoptadas por los países del mundo en la legislación de varios sectores del Estado. La famosa Agenda 21 señala pautas innovadoras respecto de la industria de viajes y turismo, que la denominó: “Hacia el desarrollo sostenible del medio ambiente”. El concepto del turismo evolucionó desde el liberalismo de la empresa, preocupada únicamente por calidad del servicio, turismo masivo y mayores ganancias aun a costa de la destrucción o deterioro de la cultura tradicional y el ambiente, hacia un enfoque que incorpora a las comunidades locales, respeta sus tradiciones y privilegia la conservación de los recursos y su ambiente. La Agenda 21 privilegia, además, la educación y conciencia pública y la concertación en la búsqueda del desarrollo sostenible.

En el año 1994, la Carta de Nara es explícita respecto de las comunidades como corresponsables de patrimonio cultural y su administración. La Declaración de Sian en el año 2005 hace especial énfasis en la conservación del “entorno” abriendo un espacio importante respecto del territorio relacionado con los sitios patrimoniales. Esta declaración hace especial énfasis, además, en la necesidad de trabajar con las comunidades locales. La documentación al respecto es hoy abundante, reiterándose la importancia de la vinculación social con el patrimonio y la necesidad de democratizar la gestión del patrimonio, con elementos de apertura y de inclusión como ejes de una nueva política desde el sector cultura.

No obstante, a pesar de lo avanzado en el mundo, los conflictos entre los sectores de turismo y cultura eran notorios y públicos; la integración y concertación con otros sectores del Estado o la integración con las comunidades locales alrededor de la conservación del patrimonio arqueológico eran aspectos casi absolutamente inexistentes. Este es el marco histórico en el que decidimos organizar el Museo Túcume. La decisión de organizar y sacar adelante un nuevo museo en nuestra región significó, por todo ello, muchas responsabilidades y, al mismo tiempo, por las propias condiciones del país, muchas dificultades. Mediante la Resolución Jefatural n° 240 del 22 de agosto de 1994, el Instituto Nacional de Cultura (INC) reconoce al Museo de Sitio Túcume, nombrando a Alfredo Narvárez Vargas como su primer director, en condición *ad honorem*, manteniendo tal estatus hasta el año 2001.

Sin embargo, el museo se inició dos años antes en el seno del Proyecto Arqueológico Túcume (año 1992), con una exhibición que se organizó en dos ambientes contiguos que servían como depósitos de material arqueológico y herramientas de trabajo para las excavaciones, espacio totalmente subutilizado. El primer guión museográfico organizó una exhibición en dos salas con un corredor central que las comunicaba e independizaba. La primera sala estuvo dedicada a los aspectos del territorio y la segunda, a presentar un diálogo entre el pasado prehispánico y las expresiones actuales del patrimonio. En el primer caso, se utilizaron vitrinas y dioramas relacionados con el ecosistema del bosque y las principales expresiones de flora y fauna. Se utilizó

una combinación de artistas plásticos y taxidermistas, mostrando aves, reptiles y mamíferos menores. Se incluyeron, adicionalmente, los artefactos que ejemplificaban la cultura campesina del bosque seco, haciendo énfasis en el uso de instrumentos de madera de algarrobo (pilonos, batanes, despancadores), uso de caña y barro en las construcciones, comparaciones entre adobes prehispánicos y contemporáneos, maquetas con reproducciones de relieves prehispánicos en barro. Al mismo tiempo, se utilizaron objetos diversos de calabazas, cestería y la producción de chicha de jora, en instalaciones a escala 1/1 de las tabernas campesinas y las cocinas sobre el “tabanco”.

Una sección de interés etnográfico fue la de los “crisoles”, pequeñas vasijas en miniatura, sin tratamiento de superficie ni acabados especiales que aparecían en gran cantidad como ofrendas de las tumbas prehispánicas. La sección etnográfica mostraba el uso actual de estas pequeñas vasijas utilizadas como calentadores de líquidos, especialmente de la chicha de jora, no solo en los ambientes domésticos de la vivienda rural, sino además en los establecimientos públicos de venta de chicha y “piqueos”.

La segunda sala incluía varios de los saberes ancestrales, concentrándose la exhibición en una gran vitrina de textilera, mostrando los instrumentos encontrados en las excavaciones arqueológicas, al lado de los telares de hoy, incluyendo el proceso productivo, el uso de algodón nativo y los más importantes productos actuales: alforjas y fajas. Una sección adicional estuvo relacionada con los hallazgos de semillas de frutos procedentes de las excavaciones, incluyendo además huesos de cuy, espinas de pescado y conchas de mariscos. Estos materiales se colocaron dentro de recipientes procedentes de las excavaciones. La comunidad podía comprender el origen de su gastronomía y los productos actuales del mercado local.

Cada una de las exhibiciones mostraba además el paisaje, pero especialmente a nuestros vecinos, los campesinos del entorno, que podían reconocerse o reconocer a familiares o amigos. Eso no sucedía en ningún museo arqueológico peruano. Habíamos generado una propuesta que calzaba bien con los postulados de la Nueva Museología francesa formulada y desarrollada por Henri Rivière (1993) y Hugo de Varine. Habíamos conjugado los conceptos de territorio, patrimonio y comunidad alrededor de un proyecto de museo en las difíciles circunstancias sociales, económicas, de violencia política, de epidemias derivadas de la extrema pobreza y la ausencia de servicios básicos. Entre otras condiciones, se nos cerraban las puertas de una incorporación al incipiente turismo regional, motivado especialmente por el hallazgo de la famosa tumba de Sipán y el Museo Brüning edificado en la década de los 60. A ambos espacios se agregaba un naciente y pequeño museo en el distrito de Túcume, provincia de Lambayeque.

Bajo estos conceptos, la ecuación tradicional de un edificio prominente y costoso cedió paso a un edificio sencillo, hecho con técnicas y materiales nativos y de uso campesino tradicional. La colección dejaba de ser una basada en obras de arte u objetos de gran valor por sus elementos estéticos; se abría un espacio a la continuidad

cultural, desde una óptica antropológica, generando, de este modo, un diálogo natural entre el museo, la comunidad, su territorio y la historia de ese territorio. Cerro Purgatorio no solamente era un elemento central del asentamiento arqueológico, sino especialmente, un eje simbólico aún presente en la cosmovisión campesina local, dentro de la cual, diversos elementos de la ideología cristiana europea estaban fuertemente presentes. Cerro Purgatorio fue sin duda históricamente un eje dominante en el paisaje de la parte baja del valle La Leche y un referente actual de mucha importancia para las ceremonias chamánicas ancestrales en esta región, que lo consideran aún como un hito propiamente dicho.

En el inicio de la labor del Museo Túcume, dada la escasez de recursos financieros, uno de los proyectos de investigación más importantes estuvo orientado a la documentación y registro de la tradición oral campesina, tarea que se inició en 1990, en el seno del proyecto arqueológico y continuó hasta el año 2000, cuando el museo logra la publicación del primer trabajo de investigación, enfocado en el territorio, la comunidad y su patrimonio, en la forma de un libro, con el auspicio del centro cultural de una abadía francesa. Este proyecto implicó un constante vínculo con diversos actores de la comunidad local y comunidades vecinas, incluyendo al final un estudio que comprometía al área rural de cinco valles de Lambayeque: Zaña, Chancay-Reque-Lambayeque, La Leche, Motupe y Olmos, quedando pendiente el valle de Cascajal en el extremo norte.

El paulatino cambio con la mejora de las condiciones socioeconómicas y políticas en el país permitieron no solo un mayor interés por generar nuevas inversiones en la infraestructura del museo, sino además, cambios en la infraestructura comunitaria: nuevos sistemas de comunicaciones, de redes de agua, desagüe y sistemas de electrificación se instalaron y mejoraron notablemente la vida cotidiana. El museo creció, en el año 1994 se inauguró una magnífica sala de exhibiciones siguiendo el patrón arquitectónico de las antiguas y coloniales “ramadas” basadas en el uso de adobe, barro, caña y una nave con doble hilera de columnas de horcones de algarrobo. La infraestructura generó, además, una notable mejora en los espacios públicos: servicios higiénicos, un anfiteatro, zonas de descanso y señalización. Las dos primeras salas originarias del museo quedaron como salas temporales, que desde su inauguración en el año 1996 hasta 2012 mantuvieron la exposición “Mil años de tradiciones tucumanas”, que presentaba los elementos de continuidad cultural entre el pasado y el presente.

El año 1998 fue importante, pues se concretó el aporte inglés mediante becas para un curso de postgrado con especialización en la gestión del patrimonio, que tuvo lugar en el Durrell Institute for Conservation and Ecology (DICE) de la Escuela de Antropología de la Universidad de Kent en Canterbury, Inglaterra. Estos estudios no solo permitieron asumir con mayor rigor académico las tareas relacionadas con el museo, sino que permitieron disponer de un primer documento de gestión, plasmado en la tesis de maestría *Incorporación de la comunidad local en la gestión del patrimonio cultural. Caso de Túcume. Lambayeque, Perú* (Narvaez, 2000). Como documento de investigación y propuesta, se nutrió de una nueva evaluación con encuestas y entre-

vistas, que originaron la organización de un Comité para la Gestión del Patrimonio y el Desarrollo Turístico de Túcume (CGDT), que incorporó formalmente a un grupo de pobladores de la comunidad en tareas de gestión. Allí estuvieron integrados, además, el alcalde, el teniente gobernador, maestros de escuelas y líderes locales al lado del museo, preocupándose no solamente respecto de los problemas coyunturales que ocasionaba el desastre natural producido por el fenómeno El Niño en el año 1998, sino especialmente, por dar respuestas positivas en torno a diversos aspectos productivos y educativos vinculados con la gestión del patrimonio. De este modo, se establece formalmente la Oficina de Educación para la Conservación y se abren las puertas a la cooperación internacional y a la universidad para desarrollar un proyecto de desarrollo comunitario, primero, y luego participar con un concurso dirigido a generar habilidades artesanales y de diseño en diversas líneas productivas. Para organizar y planificar este espacio educativo, logramos la participación de Yolanda Maldonado, de nacionalidad portorriqueña, con amplia experiencia en programas educativos desde sitios patrimoniales, con quien compartimos la maestría en Kent. Gracias al interés de un operador de turismo internacional, ella viajó desde Italia a Túcume para trabajar con nosotros de manera honorífica y voluntaria, generando un equipo que hizo posible la planificación de un programa educativo en el año 2000, en el que participaron maestros de nuestra comunidad. Habíamos dado forma y creado el primer programa educativo permanente en el seno de un museo en el Perú. Este programa, a diferencia de la educación formal, fue pensado en generar mucha creatividad para lograr una estancia educativa con actividades lúdicas y entretenidas, sencillas por naturaleza, que no solamente lleguen a interesar a los niños de la comunidad, sino que involucren a los maestros y los padres de familia. Actividades que hagan posible el acercamiento al patrimonio cultural, no solo arqueológico, y que involucren nuestra preocupación por el ambiente, en procura de mejores condiciones de vida. El reto era hacer del patrimonio cultural y arqueológico parte de la vida cotidiana, que nos ayude a generar ingresos económicos que vayan directamente a las familias interesadas, que contribuya con la participación de género en una sociedad esencialmente machista. Una educación que contribuya a la forja de líderes locales, que integre sin distingos, que democratice el conocimiento, evitando que circule solamente en el ámbito de los especialistas.

Bajo el concepto educativo, decidimos incluir todos aquellos aspectos relacionados con actividades de servicios o de producción de recuerdos y artesanía relacionadas con el museo, el patrimonio arqueológico, la cultura tradicional y los valores de nuestro ambiente natural. En otras palabras, consideramos necesario hacer que el proceso educativo no solo incorpore aquellos discursos relacionados con los aspectos éticos y ciudadanos de conservación, sino procurar la organización y desarrollo de talleres que hagan posible productos de alta calidad, que tengan un espacio cada vez más importante en el naciente mercado turístico local y regional, pero además, en las principales ferias de promoción artesanal que tienen lugar en varias partes del país, especialmente en Lima.

Seguidamente, no dejamos pasar la oportunidad de articularnos en un gran proyecto

con la Agencia Española de Cooperación Internacional, que permitió dar forma a los primeros productos, todos de muy alta calidad, dirigidos a la educación de los niños del nivel primario y luego secundario. Una idea con la que nació el proyecto de museo, un esfuerzo y una forma de gestión del conocimiento adquirido durante el proceso de investigación científica se podía hacer realidad, sobre la base de un amplio proceso de experimentación, de planificación participativa, de integración comunitaria, de patrimonio y desarrollo. Temas con los que nos identificamos siempre, pero cuya comprensión logró niveles muy importantes por lo aprendido en la Universidad de Kent, intercambiando ideas y propuestas de proyectos con gestores procedentes de varias partes del mundo. Los tres cuadernos interactivos fueron enfocados en los siguientes temas: tradiciones y costumbres, patrimonio natural y patrimonio arqueológico. Cada uno de ellos fue el resultado de la participación de especialistas en pedagogía, de diseñadores gráficos y artistas plásticos de la Pontificia Universidad Católica del Perú, con nuestro aporte permanente desde el museo y la participación de maestros y escolares de nuestra comunidad.

Al paso de los años, los logros son significativos y pueden resumirse en los siguientes:

- La actividad institucional se nutre de los lineamientos y propuestas incluidas en el Plan de Manejo del Complejo Arqueológico Túcume y su Entorno Urbano y Rural (que incluyen las propuestas académicas de nuestra tesis de maestría en el DICE de la Universidad de Kent), que permite trabajar ordenadamente de acuerdo a las prioridades de sus cuatro programas: Patrimonio Cultural, Turismo Sostenible, Poblamiento Rural-Urbano y Educación para la Conservación. Este último nos ha permitido incorporar a la comunidad en planes conservacionistas, participando de modo entusiasta en la elaboración y ejecución de cada actividad y/o proyecto. Este documento de gestión fue financiado por el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo a través del Plan Copesco Nacional y la Municipalidad de Túcume.
- El saqueo popular de los monumentos durante Semana Santa ha desaparecido completamente. El monumento ha dejado de ser una cantera o el basurero de la comunidad.
- La Oficina de Educación para la Conservación del Museo (Ofecom) elabora, de modo participativo e inclusivo, un programa educativo anual que permite la participación diaria de las escuelas. Desarrolla un programa muy diverso: vivero, biohuerto, reciclaje, clínica de arqueología y conservación para niños, una productora de radio, un pueblo tradicional en miniatura, grupos de danzas locales y regionales, diversas líneas de artesanía (cerámica, textilera, juguetes, repujado en lámina metálica, máscaras, teñido en reserva, papel reciclado, mates, joyería, tintes naturales) y un sistema de auditorios para cine, documentales, conferencias y talleres permanentes. Organiza excursiones, caminatas o paseos interpretativos; promueve pasantías, el proyecto Tierra de Niños de la ONG Ania y dirige el Directorio de Niños del museo, en el que participan los niños con

mejores calificaciones de las escuelas primarias de la comunidad. Este directorio adquiere una dinámica propia y paralela a la gestión oficial del museo. Decenas de centros educativos de Lima y otras regiones del país organizan viajes dirigidos a participar en el programa educativo como parte del programa de excursiones que realizan estos centros educativos en el país y la región.

- El museo, gracias a los aportes del Estado, realiza obras de infraestructura para el uso público y especialmente turístico, pero además, proyectos de investigación y conservación arquitectónica y de su colección de objetos muebles. En estas actividades, el museo ha sido capaz de generar aportes de fondos internacionales, fondos contravalor, aportes de empresas privadas que son administrados por un patronato integrado por empresarios basados en la capital de la región. Gracias a los aportes privados y del Estado, el museo ha crecido exponencialmente, inaugurando nuevas instalaciones en el año 2014, con un edificio moderno que incorpora elementos de alta tecnología, sin embargo, conserva un discurso científico relacionado con el territorio, la comunidad y la continuidad cultural entre el pasado y el presente. Este museo reivindica, hasta donde es posible, el espacio en el que ha sido edificado, pues este terreno fue el centro de un atentado de lesa cultura producido en el marco de un estado de emergencia por lluvias torrenciales en el año 1983 y que convirtió esta sección del sitio arqueológico en una enorme cantera a cargo de las autoridades regionales del Estado.
- El museo genera permanentemente publicaciones diversas, incluyendo temas especializados en arqueología, etnografía, educación, conservación y turismo.
- La actividad turística ha comenzado a cobrar importancia, logrando hasta el momento constituirse en el segundo centro de interés en Lambayeque, luego del Museo Tumbas Reales de Sipán. Un flujo cercano a los 60 000 visitantes al año (2015) ha comenzado a generar diversas oportunidades de negocios para las familias integradas en las distintas áreas del ecomuseo. Las nuevas instalaciones relacionadas con la visita al interior de ciertas secciones del monumento se espera que contribuyan a despertar mayor interés, esperándose un flujo de 100 000 visitantes hacia el año 2021.

El Ecomuseo Túcume

Al culminar el Proyecto Arqueológico Túcume en 1994 con la fundación del Museo Túcume, pusimos en práctica, por primera vez en el Perú, los principios de la Nueva Museología desarrollada en Francia en la década de los 70. La propuesta pionera de Rivière estuvo en boga durante los albores de nuestro museo y la consideramos como un especial regalo, pues el texto está escrito el 22 de enero de 1980. El 22 de enero es la fecha de mi cumpleaños y fue el momento del primer contacto con la comunidad de Túcume asumiendo en enero de 1990 la responsabilidad del proyecto de investigación arqueológica. No podía ser mejor. Este texto es inspirador y magistral por donde se lo mire, resume a la perfección desde una mirada antropológica nuestras propias ideas sobre el sentido de un museo y la gestión del patrimonio arqueológico.

gico. El texto es el siguiente:

Un ecomuseo es un instrumento que un poder público y una población conciben, fabrican y explotan conjuntamente...

Un espejo en el que esa población se mira, para reconocerse en él, donde busca la explicación del territorio al que está unido, junto al de las poblaciones que la han precedido, en la discontinuidad o la continuidad de las generaciones. Un espejo que esa población presenta a sus huéspedes, para hacerse comprender mejor, en el respeto a su trabajo, sus comportamientos, su intimidad.

Una expresión del hombre y de la naturaleza...

Una expresión del tiempo (...) que juegue, en este caso, un papel de información y de análisis crítico.

Una interpretación del espacio. De espacios escogidos, donde el visitante pueda reposar, o caminar.

Un laboratorio, en la medida en que contribuye al estudio histórico y contemporáneo de esa población y de su medio...

Un conservatorio, en la medida en que ayuda a la preservación y a la valoración del patrimonio natural y cultural de esa población.

Una escuela, en la medida en la que asocia a esa población con sus acciones de estudio y de protección, en la que incita a un mejor análisis de los problemas de su propio futuro.

Ese laboratorio, ese conservatorio y esa escuela se inspiran en principios comunes.

La cultura que ellos invocan hay que entenderla en su sentido más amplio, al tiempo que se consagran a dar a conocer la dignidad y la expresión artística de las diversas capas de población de las que emanan las diferentes manifestaciones. En el ecomuseo la diversidad no tiene límites, habida cuenta de las diferencias existentes.

La población no se encierra en sí misma, sino que recibe y da. 22 de enero de 1980. (Rivière, 1993, pp. 191-192).

Con este mismo espíritu, nos acercamos al llegar a este proyecto y territorio, tratando de mantener un proceso permanente de acercamiento conjunto al patrimonio cultural, buscando no solo su conservación sino su adecuado uso en diversos campos: la educación escolar, la exploración y aprendizaje de tecnologías ancestrales, recuperación de las tradiciones orales campesinas, gastronomía, saberes productivos y revaloración de diversos aspectos de música y danza local, especialmente relacionadas con el factor religioso.

El Museo Túcume, en el marco de un proceso de globalización creciente como ex-

presión del siglo XXI y con la finalidad de enfrentarlo, promueve de modo constante la presencia del patrimonio cultural en la vida cotidiana, la conservación ambiental y el desarrollo de buenas prácticas. Hoy, el Ecomuseo Túcume es un espacio abierto y libre, un foro, un lugar de encuentro en el que se asumen responsabilidades colectivas. Fue consecuencia de una decisión en la que participan hasta 41 instituciones y organizaciones locales que promueven actividades conjuntas y tienen como objetivo el desarrollo local sobre la base del patrimonio cultural. El ecomuseo tiene cinco áreas especializadas:

- Patrimonio cultural (maestros curanderos, grupos de danza y teatro locales, clubes deportivos, la Ofecom).
- Ambiente, agricultura y paisaje (agricultores organizados interesados en cultivos orgánicos: Amigos del Bosque Seco [Amibose] de la comunidad Santa Rosa de las Salinas y la Asociación de Productoras Diversificadas Akafala [Aprodi Akafala], integrada por esposas de agricultores de la Junta de Regantes).
- Turismo (club de turismo local, Casa Federico Villareal, Asociación Gastronómica de Túcume, asociaciones de artesanos, transportistas locales, guías de turismo y hospedajes locales).
- Educación (Red de Maestros Innovadores, organización de 15 directores de centros educativos estatales, Ofecom).
- Planeamiento rural y urbano (Municipalidad, Gobernación, Policía Nacional y comités de base de los asentamientos organizados por el museo).

De este modo, las principales organizaciones de la comunidad hacen posible encontrar, en cada vez mayor número de personas, un mayor vínculo y compromiso con el patrimonio cultural y arqueológico; se identifican con él y, por lo tanto, adquieren y asumen motivaciones suficientes para protegerlo, más allá de lo que el Estado y las normas obligan. Las actividades educativas del museo contribuyen a este proceso. A lo largo del tiempo, hemos logrado que el museo se convierta en una casa de la comunidad, que despierta interés permanente de los vecinos, la mayoría de los cuales son campesinos. Es centro de interés de voluntarios internacionales y estudiantes universitarios y especialistas en gestión cultural. Nuestro ecomuseo ha sido, además, tema de interés para cada vez mayor número de tesis de grado y postgrado en diversos aspectos académicos: educación, comunicación para el desarrollo, gestión de patrimonio, etnografía, arqueología, turismo sostenible, artesanía. Un patronato, formado por destacados empresarios de la ciudad de Chiclayo, garantiza un escenario de contribución de recursos del sector privado nacional e internacional que felizmente apoya este proceso de modo permanente.

Conclusiones

El viejo modelo de un museo concebido únicamente como un **edificio** que alberga una **colección** de objetos para el disfrute de un público interesado o especializado y los **turistas** cambió en Túcume hace 25 años, por un nuevo modelo que privilegia

de modo alternativo el **territorio**, la **comunidad** y el **patrimonio cultural** de ese territorio. A pesar de nuestras permanentes limitaciones, sabiendo que las dificultades en los aspectos económicos y financieros son enormes, se han alcanzado muy diversos logros en la incorporación comunitaria en diversos aspectos relacionados con la educación, la conservación y la gestión del patrimonio. Sin embargo, los retos son muy grandes, pues aún son grandes los problemas. Pero qué duda cabe, este proceso se constituye en un modelo alternativo que pretende encontrar colectivamente los cauces de un concepto de sostenibilidad en la gestión y manejo de nuestro patrimonio cultural, empoderando a la comunidad y buscando un soporte en el turismo sostenible. Estos 25 años nos permiten esbozar algunas propuestas en relación a lo difícil que es ir en procura de la sostenibilidad del proceso. En nuestra experiencia, estos criterios son los siguientes:

- Generar conocimiento científico y diseñar una estrategia de gestión de dicho conocimiento. Este saber no circula solo en el ámbito de los especialistas, se inscribe como parte del desarrollo comunitario. La ciencia se democratiza y el patrimonio arqueológico se hace visible y tangible.
- Es necesario aprender a ser gestores de nuevo tipo, una responsabilidad del Estado y particularmente del Ministerio de Cultura y las universidades. Los sitios y museos deben tener una apertura al territorio y la comunidad. Comprender que el museo es más que un edificio y su colección.
- Es necesario incorporar a la sociedad en la gestión del patrimonio, promoviendo formalmente los conceptos teóricos de la educación para la conservación desde los sitios y museos. Una educación lúdica, entretenida, divertida que genere compromisos y liderazgo. La conservación de patrimonio arqueológico sin la participación de las comunidades locales es una ilusión.
- El patrimonio debe generar una integración económica productiva desde el nivel local, a partir de la salvaguarda y conservación del patrimonio natural y cultural. A partir del patrimonio, podemos generar actividades productivas o de servicios. Es posible promover empleo, crear microempresas familiares, luchar contra la pobreza y discriminación de género y generar ingresos.
- Los planes estratégicos consensuados son indispensables, marcan una ruta y permiten disponer de indicadores claros y medibles para evaluar el avance de las políticas de gestión.
- El proceso requiere de alianzas de largo aliento que fomenten la participación de la empresa privada en los programas y proyectos vinculados con la investigación y la conservación del patrimonio cultural, con municipios y gobiernos regionales.
- Es sumamente necesario generar fondos de emergencia permanentes para prevenir y preparar los monumentos ante la presencia de desastres naturales, en especial, para hacer frente a los devastadores efectos de las lluvias torrenciales en la costa en monumentos y asentamientos de adobe.

- Finalmente, consideramos muy importantes las gestiones de largo aliento, de naturaleza técnica y basadas en los nuevos conceptos de la gestión patrimonial sostenible. En este marco, los recambios generacionales deben ser adecuados y oportunos, apuntando a la continuidad del proceso.

Somos conscientes de que este camino no tiene retorno y estamos seguros de que alguna vez llegaremos a lo alto de la montaña, como un símbolo del esfuerzo de una comunidad y su museo, que no se rinden ante las dificultades y aspiran a un futuro mejor.

Referencias bibliográficas

Delgado Elías, B., y Narváez Vargas, L. A. (2015). Programa de educación para la conservación. Museo Túcume. Perú. En E. Nardi y C. Angelini (Eds.), *Best practice 4: A tool to improve museum education internationally* (pp. 141-152). Roma, Italia: Nuova Cultura, Comité de Educación y Acción Cultural (CECA), Consejo Internacional de Museos (ICOM).

Narváez Vargas, L. A. (2000). *Establishing community involvement in tourism and conservation. A case study. Túcume. Perú* (Tesis para obtener el grado de Magíster en Ciencias). Durrel Institute of Conservation and Ecology, Kent University at Canterbury, Reino Unido.

Rivière, G. H. (1993). *La museología: Curso de museología. Textos y testimonios*. Madrid, España: Akal.